

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LIX.

MADRID, 21 DE FEBRERO DE 1932.

NÚMERO 8

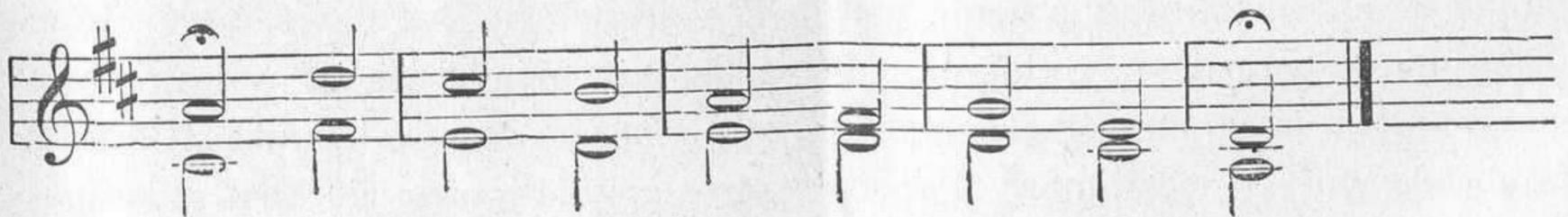
CANTAD ALEGRES AL SEÑOR



Can - tad a - le - gres al Se - ñor. Mor - ta - les



to - dos por do - quier. Ser - vid - le siem - pre con a -



mor. O - be - de - ced - le con pla - cer.



Cantad alegres al Señor

Cantad alegres al Señor,
Mortales todos por doquier;
Servirle siempre con amor,
Obedecedle con placer.

Con gratitud culto prestad
Al Creador, que el ser os dió;
El nombre augusto venerad
Del que cual hijos os amó.

Su pueblo somos, salvará
A sus ovejas el Pastor;
Ninguna de ellas faltará,
Si fuere fiel a su Señor.

De su promesa el alto don
Pío nos dió y sabrá cumplir,
Si a nuestra vez el corazón
Le damos fiel hasta el morir.

La Casita de la Felicidad

(Traducción del «Wayfarer»)

Reinaba gran consternación en la ciudad de los Gruñones. La gente marchaba a su ocupación cotidiana con caras más tristes y corazón más apesadumbrado que de costumbre. Parecía que todos andaban buscando algo, y los forasteros oían cómo preguntaban los hombres desesperados: “¿Dónde podrá estar? ¿Quién puede haberla cogido?” Si preguntaban lo que ocurría, solían contestarles: Han echado una maldi-

ción sobre la Casita de la Felicidad que se halla en el extremo del Bosque de las Posibilidades. Un día nos despertamos y encontramos que las persianas estaban bajadas, las puertas cerradas a llave y cerrojo, mientras que en la entrada del jardín había colocado un cartel que decía:

“Queda esta casa encantada
Con la puerta bien cerrada,
Y en ella ya entrar no sabe
Quien no posea su llave.”

La casa parecía muerta. Nadie sabía dónde habían quedado los niños que en ella vivían. De la noche a la mañana habían desaparecido y en lugar de sus risas y cantos alegres se oía el lamento del viento y el llorar de los nubarrones. Tristes estaban también los niños en la ciudad de los Gruñones. Ni ganas de jugar tenían desde que sus amiguitos faltaban. ¿Qué hacer? Todos se pusieron a buscar la llave que faltaba. Al no encontrarla pidieron llaves prestadas y fueron a la misma puerta para probar si alguna de ellas servía. Cargados con llaves chicas y grandes, largas y cortas, de hierro y hasta de oro se pusieron en camino y llegaron a la casa silenciosa. Probaron todas las llaves, pero ninguna servía. Más tristes que antes regresaron a casa. Algunos tenían mal humor, otros gruñían, otros lloraban y las personas mayores decían: “¡Si alguien tuviese la suerte de encontrar la llave perdida!”

Una niña jorobadita, al volver a casa, pensó que de nada servía ponerse de mal humor y llorar, así que se propuso

procurar hacer felices a los demás. Pero los niños y niñas de su edad no la querían. "Pareces tonta", decían. "¿Cómo puedes estar contenta cuando nos faltan todos nuestros amiguitos?" "Pues de seguro que ellos no estarían tampoco muy contentos si nos viesen a todos llorando", decía ella. ¿Pero, tonta, si no nos ven", contestaban los muchachos. "Y eso que más da", volvía a decir ella, "que nos vean o no, no les gustaría vernos tan enfadados. Y quién sabe a lo mejor si nos ven y vuelven cuando nos vean contentos". "¡Qué tonta eres!", le dijo una niña, "si es imposible que nos vean". "Pues yo voy a hacer como si todavía estuviesen a mi lado y quiero ser muy feliz". Siguió, pues, con su sonrisa acostumbrada, y en la ciudad de los Gruñones todo el que la veía se alegraba y se olvidaba de sus penas y hasta se sonreía al verla pasar.

Una tarde de primavera se decidió a atravesar el Bosque de las Oportunidades para echar una mirada a la casita silenciosa. Se paró a coger unas flores blancas que parecían estrellas diciéndose: "Las llevaré para mis amiguitos en la ciudad que no ven más que las calles empedradas todo el día". Le costaba bastante trabajo agacharse, pues le dolía la espalda siempre que se volvía a incorporar, pero siguió cogiendo flores hasta que casi no le cogían ya en las manos.

Al volver a casa vió una matita de violetas. "Anda", dijo, "esa me la llevo con raíces y todo para plantarla en una maceta y ponerla en mi balcón". Al agacharse vió una cosa reluciente. Entre las hojas de la violeta había una llave.

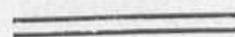
¿Si sería la llave perdida? La cogió y vió que llevaba la siguiente leyenda: "Amor".

Corriendo, se puso en camino para probarla. Llegó y trató de abrir la puerta. La llave iba bien. Y del interior de la casa vinieron todos los niños a recibirla. "Ya sabíamos que vendrías", dijeron, "te hemos estado esperando. Aguardando, aguardando todos los días a ver si encontrabas la llave". "¿Pero cómo pudo perderse?", preguntó la jorobadita. "Pues un muchacho muy malo que se llama egoísmo, un día diciéndole que él quería entrar solito, se la llevó, pero como iba cargado con tantas otras cosas que también quería para sí solo, en el camino dejó caer la llave y no pudo volver a encontrarla".

Al poco rato ya estuvo la casa otra vez abierta para todo el mundo y muy pronto se corrió la voz en la ciudad de los Gruñones de que la llave había sido hallada y todo el mundo se encaminó hacia la Casita de la Felicidad.

Los niños y niñas, tan contentos de poder jugar otra vez con sus amiguitos; las personas mayores, tan alegres de ver cómo se divertían los niños, y de regreso a casa, dijo un abuelito: "Cuidado que es feo el nombre de nuestra ciudad. ¿Por qué no la llamamos Ciudad del Cariño?" "Es verdad", dijeron todos, "vamos a cambiar el nombre".

Y desde aquel día sigue abierta la Casita de la Felicidad en la ciudad del Cariño, junto a la selva de las Posibilidades.



MEDIO-POLLITO

por FERNÁN CABALLERO

(Conclusión.)

Al acercarse al palacio, donde quiso entrar para ver al rey y a la reina, los centinelas le gritaron: ¡Atrás! Entonces dió la vuelta y penetró por una puerta trasera en una pieza muy grande, donde vió entrar y salir mucha gente. Preguntó quiénes eran y supo que eran los cocineros de S. M. En lugar de huir, como se lo había prevenido su madre, entró muy erguido de cresta y cola; pero uno de los galopines le echó el guante y le torció el pescuezo en un abrir y cerrar de ojos.

—Vamos, dijo, ¡venga agua, para desplumar a este penitente!

—¡Agua, mi querida Doña Cristalina!, dijo el pollito, hazme el favor de no escaldarme. ¡Ten piedad, compadécete!

—¿La tuviste tú de mí, cuando te pedí socorro, mal engendro?—le respondió el agua hirviendo de cólera, y le inundó de arriba abajo, mientras los galopines le dejaban sin una pluma para un remedio.

El cocinero entonces agarró a Medio-pollito y le puso en un asador.

—¡Fuego, brillante fuego!—gritó el infeliz, tú que eres tan poderoso y resplandeciente, duélete de mi situación, reprime tu ardor, apaga tus llamas, no me quemes.

—¡Bribonazo!—respondió el fuego—. ¿Cómo tienes valor de acudir a mí, después de haberme ahogado, bajo el pretexto de no necesitar nunca de

mis auxilios? Acércate y verás lo que es bueno.

Y, en efecto, no se contentó con dorarle, sino que le abrasó hasta ponerle como un carbón.

Cuando el cocinero le vió en tal estado, le agarró por la pata y le tiró por la ventana. Entonces el viento se apoderó de él.

—Viento, mi querido, mi venerado viento—gritó Medio-pollito—, tú que reinas sobre todo y a nadie obedeces, poderoso entre los poderosos, ten compasión de mí, déjame tranquilo en este montón de estiércol.

—¡Dejarte!—rugió el viento arrebatándole en un torbellino y volteándole en el aire como un trompo—, no en mis días.

El viento depositó a Medio-pollito en lo alto de un campanario y allí quedó clavado de firme. Desde entonces ocupa aquel puesto, negro, flaco y desplumado, azotado por la lluvia y empujado por el viento, del que guarda siempre la cola. Ya no se llama Medio-pollito, sino veleta, pero sépanse ustedes que allí está pagando sus culpas, su desobediencia, su orgullo y su maldad.

ACERTIJOS

Tengo voz y no soy persona; tengo madera y no soy carpintero; tengo cuerda y no soy reloj. ¿Qué es?

* * *
La guitarra.

¿Qué es lo que cuanto más grandes son y más llevan menos pesan? ¿Qué es?

Los agujeros.